

NUESTRO AMIGO "TXOMIN"

POR MATXIN LABAYEN

A María Felisa.

El popular don Domingo Mocoroa (R. I. P.) —familiarmente llamado «Txomin»— juntamente con Paco Tuduri y Pantxo Labayen (R. I. P.) —uno de los románticos fundadores de los Amigos de Aralar— allá por el año 1927 y digo romántico, porque a una Sociedad cuyo único fin fue, es, y seguirá siendo fomentar entre la juventud, y la juventud dura eternamente mientras hay alegría, entusiasmo, ilusión, la afición, el amor a la montaña, que en verdad es fuente de Belleza y Vida, no puede llamársele de otra forma.

Tuve la dicha de conocer a Txomin, otro inolvidable personaje de nuestro txoko tolosano, con motivo de la impresión del Libro del Cincuentenario del Banco de Tolosa, editado en otoño de 1961.

El tuvo el detalle, que nunca olvidaré, de solicitar mi colaboración artística, con motivo de tan fausto acontecimiento.

Txomin me conoció, y ojalá me conozcan todos como él, por medio del Arte, de la Pintura, en un terreno donde no caben rencillas ni tiquimiquis. Por mi parte, yo le conocí a él, tal como era realmente, en su txabola de Leaburu, al pie del haya de Egui —el Arbol de la Vida— grandioso, imponente, todo verde y plata, precisamente el verano de 1963, con ocasión de una chuletada —que los lectores me perdonen esta expresión quizá demasiado generalizada por suerte o por desgracia— que tuvimos para celebrar la aparición del primer número de una Revista del Banco de Tolosa, dedicada a cosas de nuestro pueblo.

Cuánto envidié entonces el humor de este hombre, su sentido de la Vida, su manera de ser tan franca, tan campechana, esa alegría de vivir, deliciosamente báquica, contagiosa.

Txomin sabía, cosa difícil en verdad, ser alegre, alegre de verdad y en todo, hasta en sus críticas. Hermoso don, envidiable en verdad, hoy que confundimos alegría con bullanguería, ruido; hoy en el que «criticar» es faltar, herir, no importa a quién ni cómo.

Y aunque intento ponerme serio al recordar las críticas que hacía de mis cuadros, no puedo menos de sonreír alegremente, parece imposible, milagroso, que una crítica haga sonreír y más que eso, reír, pero no por ello es menos real.

En mi caso, desde luego, eso ocurrió y lo reconozco con alegría. En el Arte, que lo es de combinar lo útil, lo necesario, lo serio, lo árido, con lo agradable, lo superfluo, lo jocoso, Txomin era un verdadero Maestro y en eso era digno sucesor o merecía serlo de los famosos Caballeritos de Azcoitia, cuya seriedad alegre, ha pasado a la Historia, rebasando los límites de nuestro País Vasco, universalizándolo.

Claro es que Leaburu no es Azcoitia, ni tampoco la Epoca es la misma, aunque yo estoy convencido que todas las Epocas son por el estilo, ¿pero qué importa que sea Leaburu o Azcoitia?, ¿París o Camberra? Lo que importa es la fuerza moral, la inmensa fuerza moral que esa alegría representa, su «no» rotundo, claro, a tanto conformismo y oportunismo, su darse a todos, que esa alegría representa en un Mundo vacío, egoísta, frío, cínico, sin moral.

Ojalá nosotros, los de la generación joven, aprendamos de nuestro buen Txomin, esa alegría que es de ayer, de hoy, de mañana y de siempre (siempre), esa alegría pura, jovial, constructiva, humilde, en verdad evangélica propia de hombres de buena voluntad. Y que el mundo de hoy, y también el nuestro vasco, torturado, dividido, desgarrado, por absurdos mitos, prejuicios y partidismos miserables, sangrientos, en esta alegría universal que alegra hasta la tristeza, en esta alegría eterna que cuando llega la ocasión sabe cerrar los ojos y abrir los brazos; eso es la auténtica caridad según nos dice San Vicente de Paul, las fuerzas imprescindibles, la auténtica Paz, basada como afirma muy bien S. S. el Papa Paulo VI, no en el terror, la coacción, sino en la amistad. Y que necesita para sobrevivir.

¡Txomin, lagun zar, ona euskalduna osoa, gero arte!